

EL CHOPO SOLITARIO

Siendo chiquitajo, en el comienzo de los 40, le pregunté a mi madre:

- ¿Qué es una chopera?
- Un lugar donde hay muchos chopos.
- ¿Qué es un chopo?
- Un árbol grande y con muchas ramas y hojas.
- ¿Y por qué se llama así esta calle si no tiene ninguno?

Los ojos de mi madre se llenaron de abatimiento.

- Los había. Una larga fila de ellos en cada acera. Pero fueron cortados durante la guerra.
- ¿Por qué los cortaron?
- Hacía mucho frío en los inviernos, más que ahora. La gente los taló para quemarlos y que les calentara. Como hacemos ahora con la leña que compramos.
- ¿Papá cortó alguno de ellos?
- No. No vivíamos aquí entonces. Cuando llegamos ya no había ninguno. Bueno, queda uno, cerca de Legazpi.
- Me gustaría ver cómo es.
- Te llevaré y lo verás.

Al día siguiente caminamos de la mano paseo abajo. Desde la plaza del Reloj ya se veía el enorme vegetal, situado en la acera de las Casas Baratas, a uno de los lados del barrio del Pico del Pañuelo. Cuando llegamos ante él, quedé admirado. No sólo por ser el único árbol en toda la desertificada calle, sino porque era un ejemplar soberbio, enhiesto y equilibrado de frondosidad. Mediaba la primavera y el coloso lucía en todo su esplendor. Albergaba docenas de gorriones, jilgueros y verderones, que mantenían una sinfonía constante en ese oasis increíble. Fue fantástico. Nunca había visto nada igual. Me enamoré de él al instante y desde ese momento le profesé admiración y respeto, sentimientos que albergo hacia todos los árboles mientras mi vida discurre.

- ¿Por qué no lo cortaron como a los otros?
- Los vecinos de esos portales de ahí se unieron para protegerle. Incluso montaron guardia para vigilar, de día y de noche. Eso me dijeron.
- ¿Los que cortaron eran como este?
- Quién sabe. Seguramente los habría grandes porque antes todo esto era una dehesa, con algunas huertas. Este sería uno de los más hermosos.

A partir de entonces, aprovechaba cualquier ocasión para acercarme a contemplarlo, experimentando la sensación de que me transmitía su poderío.

El paseo, recto, plano, largo y ancho, ocupa toda la longitud del Matadero. Entonces tenía dos grandes aceras de tierra. En su mitad primera, por la parte donde se asienta el muro, continuamente llegaban animales en rebaño para ser sacrificados. Iban

conducidos por hombres de gesto castigado y poca paciencia. Armados de varas largas y finas, mostraban un extraño repertorio de silbidos, chistidos y palabros, como si la manada lo entendiera. Las bestias levantaban nubes de polvo con sus pezuñas y cascos e iban sedientas, con la lengua fuera y la osamenta marcada. Me causaba profunda pena ver su aspecto maltratado y saber cuál era su destino. En el centro de la calle, la angosta calzada adoquinada de doble dirección y plagada de cagarrutas era suficiente para los pocos vehículos a motor que circulaban. Era constante el trajín de carros tirados por burros, con ruedas de llantas metálicas que traqueteaban en el duro granito y mantenían una desarmonía sonora todo el día. A lo largo de la acera del muro había bocas de alcantarilla de granito, cuadradas, alzadas medio metro sobre el piso, como si hubieran crecido de la misma tierra. En el centro tenían una tapa redonda de la misma piedra berroqueña. En las situadas en la parte final del paseo, era frecuente ver a gente sentada comiendo fruta golpeada, recogida de los deshechos en el Mercado Central de frutas y verduras de Legazpi.

Los inviernos polares de aquellos irrepetibles años eran más blancos que lluviosos. Había carbonerías en cada calle. Todos los días la gente iba con sus cestas y capachos a cargar pequeñas raciones de leña y carbón. Las casas estaban heladas, salvo la cocina. El fogón no daba el suficiente calor para repartirlo a las habitaciones, por lo que la puerta se cerraba, dejando al resto de la casa con las temperaturas gélidas de la calle. Así, ir a la cama suponía un acto heroico, a pesar de las botellas de agua caliente, que a veces tenían el tapón mal ajustado y arruinaban la noche con el agua derramada. Pero más heroicidad había que mostrar para abandonar las calientes sábanas al día siguiente y salir a la heladera. Mi madre aseguraba que los ricos vivían en casas con calefacción en todas las habitaciones, incluso en el retrete, por lo que no tenían necesidad de ir a comprar carbón y leña. De ello se ocupaban los porteros, que mantenían el calor general a través de una caldera central. Tiritando en el lecho hasta capturar el calor, yo pensaba que era uno de los cuentos con que nos entretenía a mí y a mis hermanos en aquellas noches sin radio y luces mortecinas de bombillas peladas. ¡Calefacción en el retrete...! ¡Qué imaginación! A veces, cuando el frío se enconaba, comprendía que la gente hubiera cortado los árboles. Pero cuando el alba acudía, dejaba el cálido nido, salía al espacio glacial y corría hacía el chopo solitario, arrepentido del impulso nocturno y temiendo que lo hubieran derribado. Le veía vestido de merengue, sobresaliendo majestuoso en el paseo nevado, la excepción en la fealdad de lo miserable. Y entonces, al gozar de su presencia, lloraba por los árboles perdidos.

Cuando llegaban los días lluviosos, el chopo destacaba de las aceras embarradas como señalando el camino hacia tiempos mejores. Y luego, en los tórridos veranos, algunos vecinos sacaban sus banquetas y sillas y se sentaban alrededor del tronco, esquivando el sol agresivo bajo su sombra amiga. Todos eran personas con años almacenados, más hombres que mujeres, de charla sosegada y preñados de recuerdos. En esos meses templados, el espacio aparecía ocupado a todas horas. Cuando unos marchaban, otros acudían y el sitio se prolongaba hasta la alta madrugada.

Por lo general, los viejos de aquellos barrios tenían carácter bronco, estaban llenos de demonios y consideraban a los niños una plaga. Entraba en la lógica porque éramos muchos, siempre en la calle e ideando golferías a cualquier hora. Era comportamiento admitido y racional que a la mínima nos alejaran a bastonazos, sopapos o puntapiés. Por eso aquel día me acerqué al grupo con precaución, presto a salir de estampida.

-¿Qué miras, chaval?

-Al árbol –dije, venciendo el temor y la timidez.

-¿Qué pretendes? ¿Subirte a él y arrancarle una rama?

-No, no. Le tengo cariño y admiración. Por favor, déjenme tocarle.

-¿Qué es eso de tocarle? ¿Para qué quieres hacerlo? No pretenderás grabar nada en él.

-No, de verdad. Sólo quiero acariciarle. Saber cómo es su roce.

Supieron así de mis intenciones respecto al vegetal. Mi magrez y mis ojos no incitaban a la desconfianza. A partir de ahí me hicieron un hueco, un tanto extrañados de que no respirara la agresividad que otros niños. Así pude ir a su círculo siempre que tuve ocasión. Aprendieron mi nombre y yo el de todos. Escuchaba sus historias y, al despedirme con el respeto requerido, algunos acariciaban los rizos de mi cabeza. No me iba sin pasar la mano por el rugoso tronco y desearle salud a él y a los guardianes, palabra que siempre pronunciaban mis padres en las despedidas y en los estornudos y que yo consideraba era la adecuada. Porque, ¿hay cosa más noble que desearle salud a los demás? Cuando mi niñez se evaporó, supe que había otros sentimientos añadidos tras esa palabra.

Los años se persiguieron. Y siempre, en los días caniculares, allí estaba el grupo de vecinos insistiendo en permanecer junto al árbol. Pero por entonces esa actitud no obedecía al sentido de protección. Nadie cortaba ya árboles para calentarse. Sólo les motivaba el amor al amigo vegetal solitario y el impedir que allí se capturaran las aves. Esas capturas se hacían con redes en muchos sitios y los pobres pajarillos acababan en tabernas, donde los servían fritos como aperitivo.

Al abandonar los juegos callejeros, dejé de ver al gigante. Otras eran mis rutas y otros mis asombros. Pero cuando conseguí mi primer temblado empleo, en la raya de la niñez y la adolescencia, hube de pasar por delante del árbol cuatro veces al día, con lo que dispuse de ocasión para acariciarle brevemente. Llegué a memorizar las grietas de su corteza, las situadas a la altura de mi mano. No me cabía duda de que él me entendía. Obviamente, también empleaba unos momentos con los vecinos, que mostraban su agrado por mis visitas. Con el paso de los años, el grupo fue achicándose. Cada vez eran menos. Al final sólo quedaron dos, hombre y mujer. Siempre que podía me sentaba un rato con ellos. Eran matrimonio. Los demás miembros de la pandilla habían emprendido el camino hacia donde confluyen todos los aciertos y fracasos.

Y el tiempo volvió a reclamarme otros afanes. La larga mili en las lejanas tierras del bereber y los amores cambiantes arrinconaron el árbol en los pliegues de mis afectos.

Al tornar, volví a pasar por delante de él. Ya el otoño había desprendido las hojas doradas y pude ver que sus ramas no estaban lo robustas que antaño. Sentado, solo, estaba el hombre junto a una silla vacía. Me senté a su lado. Al verme se echó a llorar.

-Joven extraño. Te he echado de menos. Casi tanto como a mi compañera. Sabía que un día volverías. Ella no volverá ya...

Compañera... Desde que tenía recuerdos, sabía que era un término prohibido. Había que decir esposa o señora. Yo supe en su momento que el vocablo compañera o compañero se empleaba por mucha gente hasta que el tiempo noble se deshizo. Y que es la expresión que mejor define a la persona depositaria del amor, la amistad y la lealtad en la trayectoria común de una pareja. La tenían como la palabra más hermosa para llamarse, aun estando casados por la Iglesia. Mis padres, de quienes la aprendí, siempre la utilizaron. Y yo la empleo muchas veces. Compañera...

Aquel día el hombre tardó en buscar el sosiego. Tenía sesenta y cinco años pero parecía muy mayor. Luego hablamos de sus hijos, hembra y varón, que vivían con él. Y de otras cosas. El ritmo había cambiado en la calle. Hacía tiempo que no pasaban hatos y los carros eran excepción ahora. La circulación a motor se había incrementado notablemente, como en toda la ciudad, por lo que la apretada calzada era insuficiente para absorber el tráfico.

-Van a cambiar el diseño –dijo-. Estrecharán las aceras a la mitad y ampliarán la calzada, que será tres veces más ancha.

Lo sabía. Desde la plaza de Legazpi ya habían esbozado el nuevo formato de la calle. Una avanzada de unos 30 metros hasta que hubiera fondos para continuar. En las enjutas aceras habían plantado dos hileras de chopos. Una decena de larguiruchos palos, de ramas crecientes, que dejaban al viejo árbol fuera de línea, un estorbo en la futura calzada.

-Y no es eso sólo. Fíjate cómo está el chopo.

Las ramas ya no formaban corona. Faltaban muchas. Y el agrietado tronco presentaba un hueco en su base, como si alguien le estuviera devorando.

-Echan botes y desperdicios, que limpio cada día. No tienen respeto. Parece que todos desean tumbarlo. Olvidan que fue ornato de este paseo, lo único bello que hubo en él junto a la Torre del Reloj.

-Pero aunque estuviera lo hermoso de antes, también lo cortarán.

-Sí...-asumió con pesadumbre.

Seguí viéndolos a ambos a diario durante cierto tiempo. Charlaba con el hombre y saludaba al gran vegetal. Tras una ausencia obligada, volví a pasar por el trayecto

de siempre. El árbol ya no existía. En su lugar, un muñón aserrado casi a ras del suelo. Me acerqué. Casi no lo podía creer. Parte de mi niñez estaba en los restos troceados, aún latiendo en el verdor agónico de las hojas. El hombre permanecía donde siempre, en su silla, como haciendo vela a los trozos vencidos. Tomé asiento junto a él.

-Lo cortaron hace tres días. Ni siquiera han esperado a que se hagan las obras, quién sabe cuándo –rezongó-. Como si les estorbara.

Era una mañana fría pese al sol engañoso. Le vi muy vulnerado. Intenté animarle, poniéndole una mano sobre la suya rugosa. .

-Quiero que se cuide. No salga con estos fríos.

-No me des coba. Sé interpretar las cosas. Es como si me marcara el camino. Pero hasta que llegue, volveré a sentarme en este sitio.

Le vi varias veces después, sentado junto al portal, la boina calada y las manos sobre el bastón. Siempre una silla a su lado, a veces ocupada por su hija, mayor que yo. Me sentaba con él o con ellos y les dedicaba unos minutos.

Un día no lo encontré. Tampoco estaban las sillas. Subí y pregunté a la hija. Se abrazó a mí. Nunca volvería desde el lugar donde fue. Al salir, crucé la calle y me senté en una de las alcantarillas. Saqué papel y lápiz de la cartera, y escribí una carta al hombre y al árbol. La metí en un sobre grande, junto a uno de los dibujos del chopo hechos en folios en su momento y en los que mostraba su aspecto más imponente. Subí a la casa y se la entregué a la hija.

El tiempo, el tiempo... Casi cincuenta años después, en un mes de 2010, recibí una carta. Me llegó a través de la editorial. Era de una biznieta de aquel hombre. Quería verme. Había un teléfono móvil.

La chica está en la veintena. Es alta, esbelta y bella como un billete de lotería premiado. Igual que mi nieta Dulcinea. Me dio un par de besos rápidos y luego se me quedó mirando fijamente, buscando evidencias en mis ojos. De una cartera y con cuidado, como si fuera un polluelo, sacó un sobre de papel grueso. De él extrajo un sobre amarillento. Lo reconocí. Y más cuando mostró su contenido: las cuartillas que escribí con caligrafía esmerada, antes de que los años y las prisas la descabalaran. Quedé admirado. Como un canto del pasado, de repente aparecía la carta y el dibujo que dediqué a aquel hombre del chopo, tantas calendas atrás.

-Esta carta es de usted, ¿verdad? Usted la escribió.

-Sí –admití.

Estábamos de pie, junto a una mesa, en la cafetería del Círculo de Bellas Artes. De repente me abrazó con fuerza, causándome gran turbación. Porque era la emoción

con que se recibe a un ser querido tras años de alejamiento. Pero yo no era nada de ella. Eso es lo que creí hasta ese momento.

-Usted, al fin... -musitó apagadamente, al deshacer el abrazo. Sus ojos estaban diluidos en agua y sólo más tarde pude ver que los tiene verdes como...

-...las hojas de aquel chopo, decía mi abuela –me interrumpió al ponderarlos, una vez sentados. Me observaba sin disimulo, como si quisiera exprimir mis sensaciones. Luego aclaró las cosas, con voz intervenida.

-Es una carta hermosa. Esas manchas que tiene son huellas que dejaron las lágrimas de mi abuela, la mujer que usted conoció y a quien confió el escrito. La leyó infinidad de veces. Y le buscó para conservar su amistad. Pero usted firmó sólo con “Joaquín”. No escribió el remite, su dirección. Mi abuela indagó en todas las casas durante mucho tiempo. Pero nadie le dio razón.

-Tengo un nombre familiar, el conocido por el barrio. Nadie me ha llamado nunca Joaquín –dije, excusándome apesadumbrado por el desengaño producido.

-Mi madre no conoció al chopo. Era muy niña cuando lo cortaron. Por eso no tuvo interés en perseguir esa herencia emocional. Además, su vida fue difícil, con poco tiempo para añoranzas irreales. Pero yo sí lo tuve para escuchar las historias de la abuela. Así, a través de sus recuerdos, he llegado a amar a aquel chopo, puede que tanto como usted lo amó. Y también he llegado a quererle a usted, sin conocerle, como si fuera parte de mi familia. Además... Le diré que he hablado en silencio con usted, muchas veces, imaginándole... El muchacho perdido que conversaba con el árbol solitario...

La contemplaba con silencio invitador. No parecía muy afectada entre el lógico contraste existente entre mi imagen soñada y la que tenía delante, aunque no se lo pregunté. Parecía muy feliz y hubiera sido una torpeza deshacer el encanto. Era agradable escuchar su voz evocadora, en la que titilaban ecos de mi niñez. Aparte de que no es usual encontrarse con una joven hermosa y oírle decir que uno forma parte de sus quereres.

-Soy periodista. En momentos perdidos, escribo un ensayo sobre el árbol solitario, siempre con base a su carta y su dibujo, únicos testimonios documentales. Un tributo a mis bisabuelos, al chopo y a aquellos tiempos. Pero me falta el fluido de la realidad, la experiencia de haber compartido su andadura. La chispa. Estoy en un período muerto. Necesitaba dar con usted. ¿Y sabe cómo le encontré?

“-Hace poco una amiga me dejó “El tiempo escondido”. Lo devoré. Describe el paseo donde nací. ¿Sería usted aquel muchacho que se sentaba con mis bisabuelos y que tanto buscó mi abuela? Adquirí los otros dos que ha escrito. Por lo que dice en “La niebla herida”, había grandes posibilidades de que finalmente fuera usted. El mismo barrio, la misma sensibilidad hacia los árboles... No esperé a verle en la próxima Feria del libro. Escribí a la editorial. Y ahora lo tengo frente a mí.

Me sentí muy agradecido por lo que decía. Le pregunté qué podía hacer para compensar esas emociones.

-Quiero que me brinde su memoria. Que me ayude a terminar el trabajo aportando la chispa que le falta.

Se estaba bien allí, entre gente de hablar discreto. La chica tiene unos ojos grandes y una boca estructurada de sonrisas.

-Vale. Empecemos.

Nos pusimos a la tarea. Y de pronto, mientras canalizaba el turbión de recuerdos que me surgían, volví a mirarla con atención. Y supe que yo había desaparecido para ella. Ya no era yo. Me miraba sin verme. Porque ella no veía a una persona delante sino a aquel chopo solitario que se aposentó con la fuerza de la magia en muchas de sus noches desveladas.

Joaquín M. Barrero
Madrid, enero de 2015